

Sólo soy un hombre

La naturaleza humana, por principio y por esencia, nos hace iguales. ¡Simplemente seres humanos! Esgrimir diferencias por raza, cultura, títulos nobiliarios, incluso, sangre diferenciada en colores, atenta contra la dignidad humana. Castas, clases sociales van en línea del poder, económico o social, pero no, ¡jamás! en diferenciación humana. Nadie es más hombre o mujer que otro u otra de su especie. Dios nos hizo semejantes a Él y es nuestro único título de grandeza.

Pedro asume este principio común en su encuentro con Cornelio. “No soy más que un hombre”. Pablo y Bernabé harán lo mismo cuando les quieren rendir culto reservado sólo a Dios. Pero hay quienes reivindican para sí estos títulos, honores o privilegios. Hay muchos que se sienten muy bien cuando los demás se postran a sus pies. Y peor, hay muchos aún, a quienes les gusta vivir de rodillas ante sus semejantes. Todo esto lesiona nuestra dignidad.

Jesús ha venido a restablecer este equilibrio humano, a exaltar nuestra pequeñez con los valores de la humildad y del servicio. Cuando Juan nos pide que nos amemos porque Dios nos ha amado, está dándonos la lección primera de una verdadera fraternidad en la cual, Él mismo, Jesús, no se avergüenza de llamarnos “hermanos”. Es el Amor de Dios que debe ser amor entre semejantes, lo que constituya la razón de igualdad en dignidad.

En el evangelio, Jesús nos llama “amigos”. Santo Tomás nos dice que la amistad nos hace iguales y que es gratuita. Entonces, Jesús nos ama de Tú a Tú y en un Amor sin condicionamientos, sin exigencias de pergaminos, merecidos o comprados, sino en la mirada honda que eleva, transforma y dignifica. Nuestra condición humana es la carta de presentación para un amor universal en comprensión y respeto, sentidos y valorados por igual.

Cochabamba 10.05.15

jesús e. osorno g. mxy

jesus.osornog@gmail.com